

LA RECESION ESTADOUNIDENSE Y SU IMPACTO EN LA ECONOMIA MEXICANA

Por: Arturo Guillén R. *

1. Introducción

El objetivo de este ensayo es analizar el impacto de la recesión estadounidense de 2001 en la economía mexicana. Dada la creciente integración de México con Estados Unidos – proceso que ha alcanzado niveles sin precedentes con la apertura de la economía desde los años ochenta del siglo que terminó y con la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1994- el impacto de la recesión estadounidense en México fue inmediato y severo.

Sin embargo, como se tratará de mostrar en este trabajo, la recesión en México no es un mero reflejo de lo que pasa en Estados Unidos, sino que resulta, en buena medida, de las contradicciones de un modelo – el neoliberal – en crisis en escala nacional e internacional, pero que el gobierno mexicano de Vicente Fox y los grupos más vinculados al capital financiero globalizado, se aferran en perpetuar. Por los efectos consustanciales a la recesión y por el carácter concentrador y excluyente del modelo vigente, tenderán a agravarse los problemas de desigualdad, desempleo, marginalidad y pobreza que agobian a la mayoría de la población mexicana.

2. La recesión estadounidense

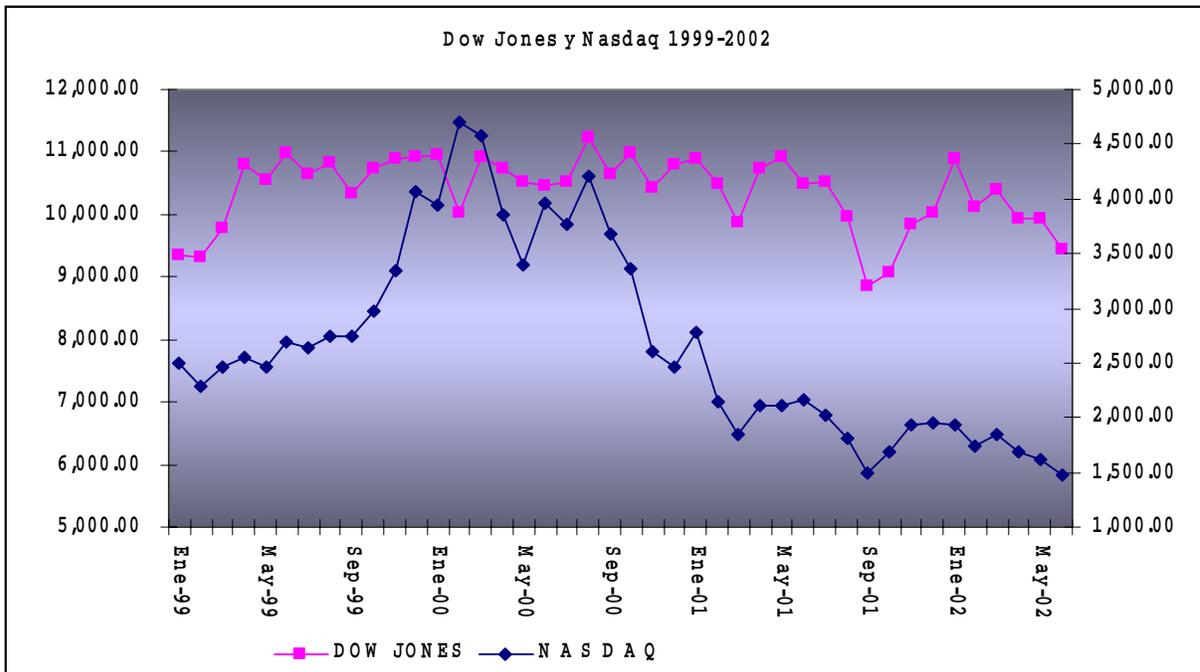
La recesión económica arribó a Estados Unidos en marzo de 2001, aunque la desaceleración de la economía arrancó durante el tercer trimestre del año 2000 (gráfica 3). El ataque terrorista del 11 de septiembre en Nueva York y Washington, por su efecto desestabilizador en los niveles de confianza, reforzó las tendencias recesionistas que se venían incubando desde meses atrás.

* Profesor - Investigador Titular de T.C. del Departamento de Economía de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa. Jefe del Area de Economía Política. México, D.F. E-mail: grja@xanum.uam.mx . Agradezco el apoyo entusiasta y valioso de Maritza Granados, ayudante de investigación del Area de Economía Política.

La *nueva economía*, nombre con el que se identifica al proceso de transformaciones tecnológicas asociadas a las telecomunicaciones, la informática y el Internet, a pesar de su innegable trascendencia, resultó ser, como siempre ha sucedido con las expansiones largas del capitalismo, una nueva ideología con la que se pretendía ocultar las crecientes contradicciones del sistema en la era de la globalización financiera.

El aviso de que el **boom** de los años noventa estaba llegando a su fin provino de **Wall Street**. El índice **Dow Jones** se estancó desde mediados de 1999. En abril de 2000 el índice **NASDAQ** comenzó una caída libre, ante los reportes de bajas en las ganancias de las corporaciones en el sector de la *nueva economía*. Entre marzo de 2000 y el 1 de noviembre de 2001, registró una baja espectacular, al descender de 4,573 puntos a 1,696, lo que significa una caída del 62.9%. El índice **Dow Jones**, por su parte, aunque no registró una caída similar, disminuyó 16.6 % entre agosto de 2000 y de noviembre de 2001 (gráfica 1.).

Gráfica 1.



La recesión estadounidense fue el resultado de contradicciones gestadas durante la larga fase de expansión de los noventa. La recesión fue provocada por una baja persistente en los márgenes de ganancia de las corporaciones, sobretodo en aquéllas que operan en la *nueva economía*, y su consecuente impacto en los gastos de inversión.

Es cierto que la *nueva economía* provocó un repunte de la productividad del trabajo en la economía estadounidense, que acompañó y sostuvo a la expansión. La mejoría en los índices de productividad, sin embargo, no fue tan marcada como se sostiene. La revolución productiva de la *nueva economía* tiende a ser sobrestimada por sus propagandistas. Por ello, el profesor Solow señaló que tal revolución se veía en todas partes, menos en las estadísticas. En efecto, en el periodo 1990-1997, la tasa anual de crecimiento de la productividad en el sector no agrícola de Estados Unidos fue del 1.1%, muy por debajo del 2.8% conseguido en el periodo 1960-1974. Es cierto que durante los últimos años del **boom**, el ritmo de incremento de la productividad se aceleró, pero tampoco fue algo fuera de este mundo. En el periodo 1996-2000 el crecimiento promedio anual fue del 2.5%, y en el último de estos años llegó al 3%.¹

La baja de las ganancias corporativas no es un fenómeno coyuntural, sino que está vinculada con el *tipo de técnicas de producción utilizadas* en esta nueva ola de transformaciones tecnológicas. Existen crecientes evidencias de que la *nueva economía* favorece la utilización de *técnicas consumidoras de capital (capital deepening o capital absorbing)*, es decir técnicas que incrementan la relación capital-producto. Si como sucedió durante la expansión previa, el **stock** de capital crece a una tasa más rápida que la fuerza de trabajo y la productividad, entonces el proceso productivo se torna más y más un proceso intensivo en capital, lo que provoca la baja de la tasa de ganancia. En términos marxistas, el incremento de la composición orgánica del capital que provoca la revolución informática, no se compensa con el incremento de la tasa de plusvalía que resulta de la mayor productividad del trabajo.

Uno de los problemas principales de la revolución de la informática es que, a diferencia de revoluciones tecnológicas anteriores, no tiene un impacto claro en la producción de bienes tangibles. El grueso del **stock** de capital informático se concentra en el sector servicios

¹ *The US Productivity Puzzle. The Economist*. Londres, 9 de agosto de 2001

(Roach, 1998). Según datos del Departamento de Comercio de Estados Unidos, el 82% del acervo total de tecnología de la información está instalado en ese sector (comercio, finanzas, telecomunicaciones, etc.). Es decir se trata de una tecnología que, por razones de su obsolescencia muy rápida ligada a transformaciones tecnológicas permanentes, absorbe sumas crecientes dentro de los programas de inversión de las empresas. Sin embargo, esa nueva tecnología a pesar de su alto costo, aún no ha logrado revolucionar, al menos al grado de lo que piensan los defensores de la *nueva economía*, los procesos de producción del sector industrial y de la agricultura. No obstante la importancia del sector informático y de telecomunicaciones, éste representa solamente el 8% de la economía estadounidense y su contribución al crecimiento del PIB alcanza únicamente el 0.3% por año (Artus, 2001).

La *nueva economía* descansa en el acrecentamiento de los gastos de capital fijo – acicateados por una transformación tecnológica permanente –, sin que esa densificación del capital se vea correspondida por un incremento en la misma proporción, en la productividad del sector productivo de la economía – en la industria y en el sector primario –, ya que la utilización de las nuevas tecnologías se concentra en el sector terciario (comercio, banca, finanzas, servicios), es decir, el aumento de la productividad se concentra en sectores improductivos, los cuales no entran al consumo de los trabajadores. En consecuencia, los incrementos en la productividad del trabajo no contribuyen a la elevación del valor agregado, del excedente respecto al capital (la tasa de plusvalía en Marx).

Por otro lado, existen razones, como apunta Roach, para creer que **una alta proporción de la mejoría en la productividad durante los noventa debe atribuirse a factores distintos al uso de las nuevas tecnologías**. El primer factor es la política de recortes de personal seguida por las corporaciones, que ha sido una práctica permanente a lo largo de esa década. En el periodo 1990-1997, el promedio de recortes de plazas fue cerca de 450,000 por año. Es decir en un contexto expansivo, la reducción de las plantillas fue un factor tanto o más poderoso en la elevación de la productividad y de los márgenes de ganancia, que la utilización de las nuevas tecnologías. Se trata en este caso de una elevación de la productividad del trabajo (producción / número de trabajadores ocupados) que resulta de una disminución del denominador y no de un incremento del numerador.

El segundo factor que incrementó la productividad fue un aumento sustancial de la jornada de trabajo. Esta extensión de la jornada es un fenómeno asociado a la tecnología de la información, pero diferente a su incidencia directa en la producción. Me refiero a una extensión de la jornada de trabajo facilitada por la proliferación de **laptops**, teléfonos celulares, **beepers**, faxes, etc., así como el uso del Internet, lo que permite que el “tiempo de ocio” de los trabajadores y de los ejecutivos pueda ser utilizado como tiempo extra de trabajo. Según los resultados de una encuesta efectuada por **Harris**, el número promedio de horas trabajadas por semana aumentó en Estados Unidos de 40.6 en 1973 a 50.8 en 1997. Debido a la globalización este fenómeno se presenta en muchos otros países. El aumento de la jornada de trabajo, la aceptación por parte de los trabajadores a laborar un mayor número de horas, dentro o fuera de la fábrica u oficina, está asociada también al relativo estancamiento de los salarios reales y a la incertidumbre sobre la posibilidad de conservar sus plazas de trabajo.

Tanto la estrategia de recortes de personal como el aumento de las jornadas del trabajo, son factores transitorios, cuyos límites no pueden extenderse demasiado en el futuro.

La recesión estadounidense es pues, en primer lugar, una crisis de valorización. Así como el **boom** en los noventa se alimentó del incremento de los márgenes de ganancia de las corporaciones, la recesión y el cambio de tendencia en el mercado bursátil coincidieron con una reducción significativa de las ganancias, sobretudo en las empresas de la “**nueva economía**”. La baja de los márgenes de ganancia provocó un ajuste en los programas de inversión de las corporaciones comenzando por las tecnológicas. El gasto de capital disminuyó abruptamente modificando las expectativas y provocando el derrumbe del **NASDAQ**.

La recesión estuvo determinada, entonces, por una baja de las ganancias efectivas de las corporaciones y sobre todo de las ganancias esperadas, en un contexto de incertidumbre creado por el desplome bursátil y la baja abrupta de los gastos de inversión. La **nueva economía** resultó ser tan dinámica en la contracción, como lo había sido antes, durante la expansión. Las empresas de la “nueva” y de la “vieja” economía, redujeron los gastos de capital y pospusieron proyectos de ampliación de sus plantas, incluyendo su plataforma informática, con la misma intensidad con que antes, en el auge, tendían a incrementarlos.

La nueva economía resulta ser un sector marcadamente procíclico, es decir crece más rápido que la economía en su conjunto en las fases de auge, pero lo hace a un menor ritmo en las fases recesivas.

Con la intención de mantenerse competitivos en un mercado contraído, las corporaciones intensificaron sus programas de recortes de personal . Se calcula que los recortes de las corporaciones en 2001 ascendieron a un millón de trabajadores. En la lista sobresalen los recortes de plantilla en el sector de telecomunicaciones, aunque también se presentan en otras ramas, como automotriz, aerolíneas y el sector financiero no bancario.

Summers y De Long (2002, p. 7a) sostienen la sugerente tesis que: a reducción de los márgenes de ganancia en la *nueva economía* y la caída del NASDAQ obedecen a las formas que asume la competencia en este sector, a diferencia de lo que sucede con la *vieja economía*. En ésta, la posición oligopólica permite a las firmas apoderarse de ganancias extraordinarias fundadas en la existencia de *barreras a la entrada* duraderas. En cambio las firmas de la nueva economía operan sometidas a una fuerte presión competitiva. Aunque operan con rendimientos crecientes y generan economías de escala, las ventajas que se derivan de estas no logran conservarse duraderamente. Los competidores logran rápidamente asimilar e incluso superar las nuevas técnicas Así la alta rentabilidad que se deriva de una transformación tecnológica permanente no logra ser retenida por los innovadores, pues nuevas firmas se integran a la rama, sin que existan barreras, como existen en la vieja economía, que impidan su entrada. Esta característica de la nueva economía se refuerza en un mundo dominado por la desregulación y la apertura externa. En otras palabras, el **grado de monopolio** en la nueva economía sería menor y la competencia mayor. Por ello según Summers y DeLong (2002, p. 7a):

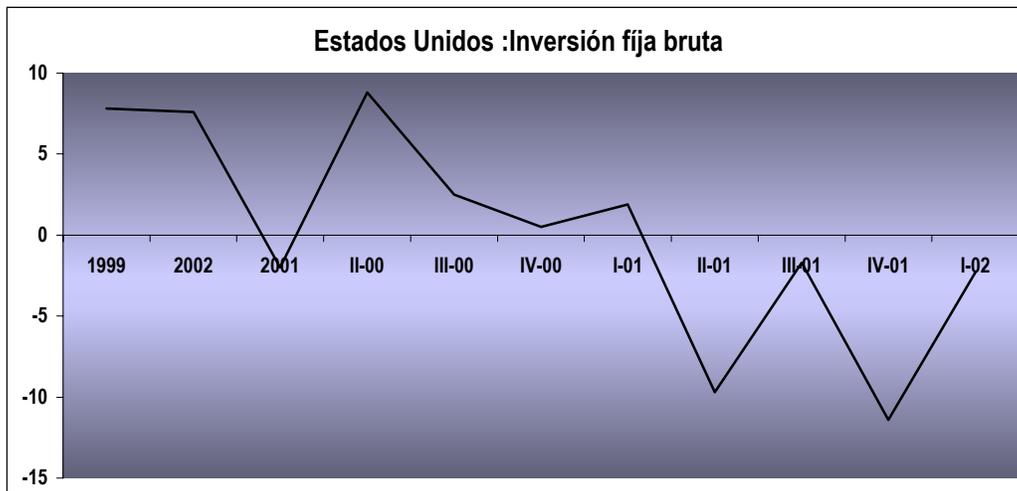
“Aunque el futuro de la tecnología es brillante, el futuro de los márgenes de ganancia de los negocios – salvo en el caso de aquellos pocos (Microsoft, por ejemplo) que puedan verdaderamente utilizar economías de escala para crear ventajas ‘mamut’ en materia de costos – es oscuro”

En resumen, se tiene, por un lado, una *nueva economía* que por el tipo de técnicas que utiliza provoca una tendencia a la baja en la tasa de ganancia. Por el otro lado las - empresas de este sector - salvo casos aislados como **Microsoft** o **IBM** – opera con un

menor **grado de monopolio** que el resto de las firmas, por razones inherentes al alto grado de socialización de su tecnología y a la propia desregulación. Es decir las firmas de la *nueva economía* no pueden retener en forma duradera las “rentas monopólicas” o “ganancias extraordinarias” que se derivan de su liderazgo tecnológico.

La recesión estadounidense ha mostrado un comportamiento atípico. Inclusive, en un sentido técnico estrecho, podría argüirse que la economía nunca entró en recesión, pues la contracción del PIB se circunscribió al tercer trimestre de 2001 cuando descendió 1.7% en términos anuales (gráfica 2.) . La contracción estuvo determinada, como se dijo arriba, por una baja abrupta de la tasa de inversión perceptible desde el tercer trimestre de 2000 y asociada a la baja de los márgenes de ganancia de las corporaciones. En 2001, la inversión fija bruta disminuyó 2%. Su caída no ha concluido a pesar del repunte de la producción registrado durante los primeros meses de 2002.

Gráfica 2.



Fuente: Bureau of Economic Analysis(BEA)

La suavidad de la recesión ha dependido en buena medida de la fortaleza del consumo privado, el cual responde por las dos terceras partes del gasto total de la economía estadounidense. Hasta el segundo trimestre de 2001, este se mantenía firme. Sin embargo, durante el tercer trimestre comenzaron a manifestarse síntomas de debilidad en este rubro, como lo evidenciaba el menor crecimiento de las ventas minoristas. Los atentados terroristas del 11 de septiembre minaron los niveles de confianza de los consumidores y debilitaron el consumo. Aunque éste se recuperó durante los primeros meses de 2002, es de esperar que si la reactivación no se consolida y sobretodo si, como piensa este autor, la recesión se prolonga, el consumo privado acabará contrayéndose. Ello por dos factores al menos:

- a) El impacto del llamado **efecto riqueza** en el consumo, es decir la baja en la demanda de bienes de consumo que se deriva de la depreciación de los activos financieros, en cuya posesión los consumidores estaban crecientemente involucrados. La participación de los consumidores en el mercado de valores se incrementó aceleradamente en el transcurso de los noventa. Entre 1990 y 1999, la participación de las familias en los activos financieros totales pasó del 12.1% al 22.9% del total en el caso de las acciones de las corporaciones; del 3.1% del total al 8.9% en el caso de los fondos mutuos; y del 23.1% al 29.6% en el caso de las reservas de los fondos de pensiones. Una baja persistente o pronunciada de la Bolsa puede deprimir los niveles de consumo y profundizar la recesión.
- b) El impacto del creciente desempleo en la demanda agregada, como consecuencia de la propia recesión y de los programas de recortes de personal decididos por las corporaciones. El número total de despidos desde que comenzó la recesión totaliza 1.8 millones de trabajadores. Esta cifra se encuentra por encima de los 1.2 millones de empleos perdidos durante la recesión 1990-1991 y no muy lejos de los dos millones de despidos durante las recesiones de 1974-1975 y 1980-1982. Más preocupante aún es el hecho de 43% de los despedidos son trabajadores de **cuello blanco**, de los cuales una alta proporción ocupaban puestos directivos y cuyo nivel de consumo y de endeudamiento se encuentra muy por encima del de los trabajadores promedio (Roach, 2001b).

La baja en las ganancias corporativas no sería tan preocupante si no estuviera asociada con un entorno financiero frágil. El auge de los noventa estuvo asociado con un agudo proceso de liberalización, desregulación y globalización financiera; un frenesí bursátil, solo

comparable con el que precedió a la Gran Depresión de los años treinta; un acelerado endeudamiento de consumidores y corporaciones con bancos y sociedades bancarias no financieros; y la diversificación de los productos financieros destacando el desarrollo del mercado de derivados y otros instrumentos de alto riesgo.

El fin del auge de los noventa podría estar señalando los límites del **régimen de acumulación con dominación financiera** (Chesnais, 2000), impulsado desde la década de los ochenta. Con la liberalización y desregulación financiera decidida por los Estados nacionales, tanto del centro del sistema como de la periferia, se configuró ese nuevo régimen de acumulación, el cual ha elevado la fragilidad financiera de los sistemas financieros “internos” y del sistema monetario y financiero internacional.

Dicho régimen está caracterizado, entre otros rasgos, por el predominio de las sociedades financieras no bancarias (fondos de pensiones, fondos mutuos, compañías aseguradoras, etc.) y el debilitamiento de los bancos comerciales, que deben competir, en condiciones desventajosas, con los intermediarios financieros no bancarios (los llamados **banks no banks**) para la captación de depósitos, lo que se traduce en un proceso de desintermediación bancaria.

Quizás el cambio más significativo es que este nuevo régimen de acumulación modificó profundamente las formas de gestión de las corporaciones. Estas se han regido dentro de una lógica fundamentalmente financiera. La rentabilidad de las empresas y los ingresos de sus directivos (**stock options**) pasan a depender no tanto de la fortaleza productiva e interna de las firmas, como crecientemente del valor de las acciones en la Bolsa. El juicio de los inversionistas institucionales en el mercado financiero, se convierte en el barómetro principal del comportamiento de las corporaciones. Los mismos procesos de fusiones y adquisiciones que cobraron un gran vigor en la década pasada, se decidieron no tanto en función de su potencialidad productiva o comercial, sino de manera preponderante en función de su repercusión en el valor en bolsa de sus acciones. Las fusiones fueron una palanca poderosa para impulsar el **boom** bursátil de los noventa. Esta nueva forma de gestión al lado de la desregulación, es la causa de fondo de los escándalos financieros y de los fraudes contables en que han estado envueltas muchas empresas transnacionales

En otras palabras, en el nuevo régimen de acumulación son las prioridades del capital financiero – del capital que se coloca en los mercados financieros con fines especulativos -, y no tanto las del capital industrial, las que comandan y determinan el movimiento de conjunto de la acumulación del capital. Como dice Chesnais (2000, p.45):

“ La Bolsa ha cesado de ser, después de mucho tiempo, un mercado de títulos, gracias al cual las empresas pueden recaudar capitales para financiar sus proyectos de desarrollo, para devenir en el principal engranaje mediante el cual los inversionistas institucionales someten a las empresas a sus exigencias de rentabilidad”

El crecimiento explosivo del financiamiento y de las bolsas de valores provocado por la liberalización y la desregulación, incrementó la fragilidad de los sistemas financieros y acentuó la descoordinación entre los distintos y cada vez más fragmentados mercados que los integran. La supervisión de las instancias estatales se relajó, ante el predominio de las tesis neoclásicas acerca de la **autorregulación** de los mercados financieros y de la racionalidad de los agentes económicos, así como por la simbiosis de intereses entre los grupos gobernantes y segmentos del gran capital financiero.

La actual recesión, los escándalos financieros de las corporaciones y los riesgos de una crisis financiera en Estados Unidos de carácter sistémico, señalan los riesgos que enfrenta la economía mundial de continuar dentro de las pautas marcadas por la desregulación y la globalización neoliberal.

2. La globalidad de la recesión estadounidense y la economía mexicana

La recesión estadounidense incrementa los riesgos de una crisis global. Durante las últimas tres décadas, la globalización financiera neoliberal ha mundializado los circuitos del capital, al costo de intensificar, generalizar y sincronizar las crisis. Se estima que en 2001 el crecimiento del PIB mundial fue del 2.5%, contra 4.7% en 2000, es decir, una baja de más de dos puntos porcentuales, pérdida superior a la ocasionada por la crisis asiática de 1997-1998. Por primera vez desde la recesión de 1974-1975, el volumen del comercio mundial de mercancías se contrajo 0.2% en 2001, una baja drástica en relación con el crecimiento de 12.4% registrado el año anterior.

La recesión estadounidense impactó de manera más severa a las economías más dependientes de Estados Unidos. La economía canadiense se desaceleró en forma notable. Singapur y Taiwán, las economías asiáticas con mayores vínculos con Estados Unidos, entraron en recesión y Hong Kong se estancó. En el caso latinoamericano, México es el único país que enfrenta una situación recesiva, aparte de Argentina que vive una crisis financiera y bancaria interminables y se encuentra inmersa en la recesión y la deflación desde hace cuatro años, mucho antes que irrumpiera el receso estadounidense, y de Uruguay que resiente con rigor el *efecto tango*(cuadro 1.).

CUADRO 1.

Economías en recesión : crecimiento real del PIB

PAIS	1997	1998	1999	2000	2001e	2002e
HONG KONG	5.3	-5.1	3.1	10.5	0.1	1
SINGAPUR	9	0.3	5.9	9.9	-2.1	1.2
TAIWAN	6.8	4.9	5.4	6	-1.9	0.7
MEXICO	7	4.6	3.7	6.9	-0.3	1.2
ARGENTINA	8.1	3.9	-3.4	-0.5	-3.7	-1.1
URUGUAY	n.d	4.6	-3.2	-1.3	-3.1	-1.7

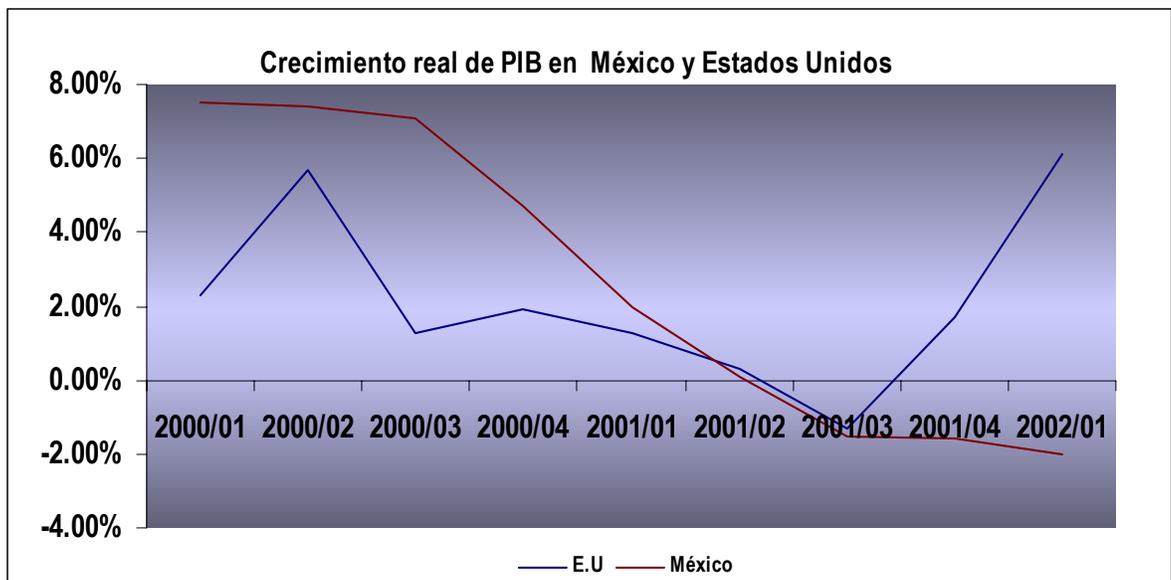
FUENTE: FMI, Banco Mundial
e/ estimado

Es decir que a diferencia de lo que postula el discurso oficial, México no es una economía sólida en un mar de incertidumbre mundial, sino la economía del subcontinente que más ha resultado afectada por la recesión estadounidense. La sincronía de México con respecto al ciclo de la economía estadounidense no representa una casualidad. La integración del sistema productivo de nuestro país al sistema productivo de la potencia hegemónica responde a un proceso histórico de larga duración, que se reforzó con la instauración del modelo neoliberal desde los ochenta y principalmente en los noventa con la firma y entrada en vigor del TLCAN. La elección de un modelo orientado “hacia fuera”, donde el sector exportador constituye el eje de la acumulación de capital, así como el desmantelamiento y estancamiento de los sectores y ramas vinculados al mercado

interno, convierte el crecimiento económico de México en una variable dependiente de las importaciones estadounidenses.

Durante el tercer trimestre de 2000, la economía estadounidense comenzó a desacelerarse. El crecimiento anualizado del PIB se redujo del 5.7% en el segundo trimestre al 1.3% en el tercero. Con diferencia apenas de un trimestre, la economía mexicana resintió sus efectos. El crecimiento del PIB en nuestro país se redujo del 7.1% en el tercer trimestre al 4.7% en el cuarto (gráfica 3). En el primer trimestre de 2001 el crecimiento disminuyó aún más, al 1.9%.

Gráfica 3.



Fuente : BEA, INEGI.

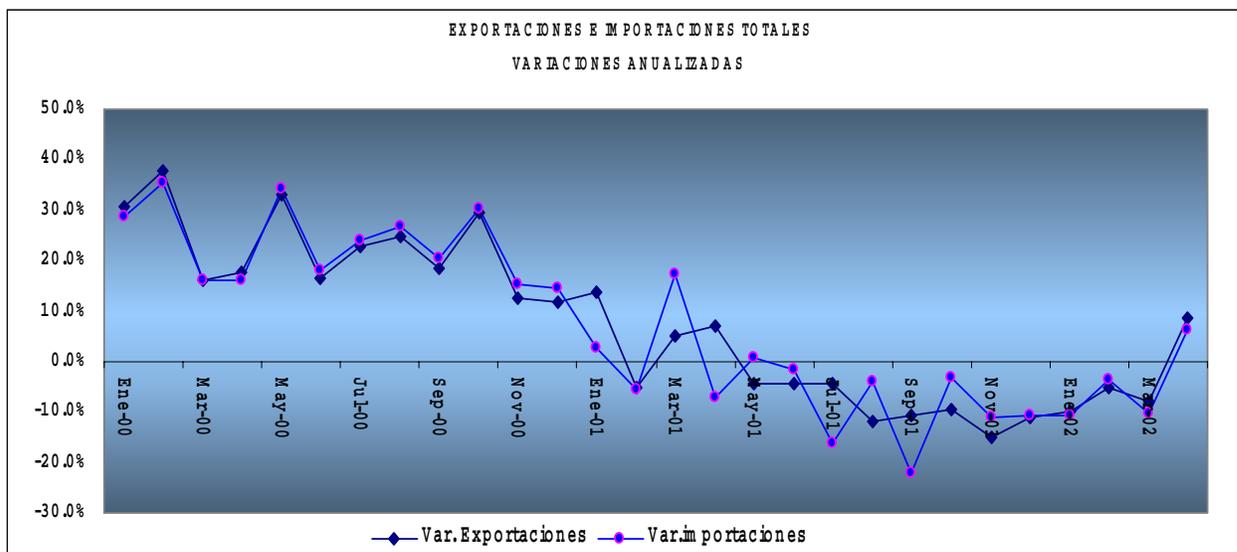
Si en Estados Unidos pueden surgir dudas sobre si técnicamente existen condiciones recesivas, en México existen plenamente esas condiciones, pues el PIB ha registrado bajas durante tres trimestres consecutivos. La recesión comenzó prácticamente desde el segundo trimestre de 2001 cuando el PIB se estancó; en los siguientes dos trimestres se registró decrecimiento (-1.6% y -1.8%). A lo largo de 2001, el PIB disminuyó 0.3%. A pesar de la reactivación del PIB en Estados Unidos durante el primer trimestre de 2002, la recesión en México continuó e inclusive se profundizó en México, pues el PIB se contrajo a una tasa anualizada del 2%.

La recesión mexicana fue impulsada por una baja pronunciada de las exportaciones y de la tasa de inversión. La inversión ha sido el componente de la demanda agregada que se ha contraído más severamente. La inversión bruta fija disminuyó 5.9% en 2001. Mientras la inversión privada se redujo 5.1%, la inversión pública registro una caída mayor (-9.6%). El consumo no bajó en la misma proporción que la inversión, aunque si registró una disminución sensible en su tasa de crecimiento, la cual disminuyó de 7.5% en 2000 al 2.8% en 2001. Es probable que éste se contraiga conforme avance la recesión, se incremente el desempleo y disminuyan los salarios reales. Existen evidencias de que ello comenzó a manifestarse durante los primeros meses de 2002.

La recesión en México es generalizada, ya que afecta a la mayoría de las ramas económicas. En 2002, se manifestó de manera más aguda en la industria manufacturera (-3.9%), la construcción (-4.5%), la minería excluyendo al petróleo (-4.3%), el comercio (-1.3%), y en algunos servicios como turismo.

Por su la completa dependencia del sector exportador y de las maquiladoras respecto del mercado estadounidense, han resentido con fuerza la recesión. De hecho ésta se manifestó primero en el sector exportador y de allí se transmitió al resto del sistema productivo. Las exportaciones de mercancías se han contraído en forma significativa. Durante 2001 las exportaciones totales disminuyeron 4.8% (gráfica 4).

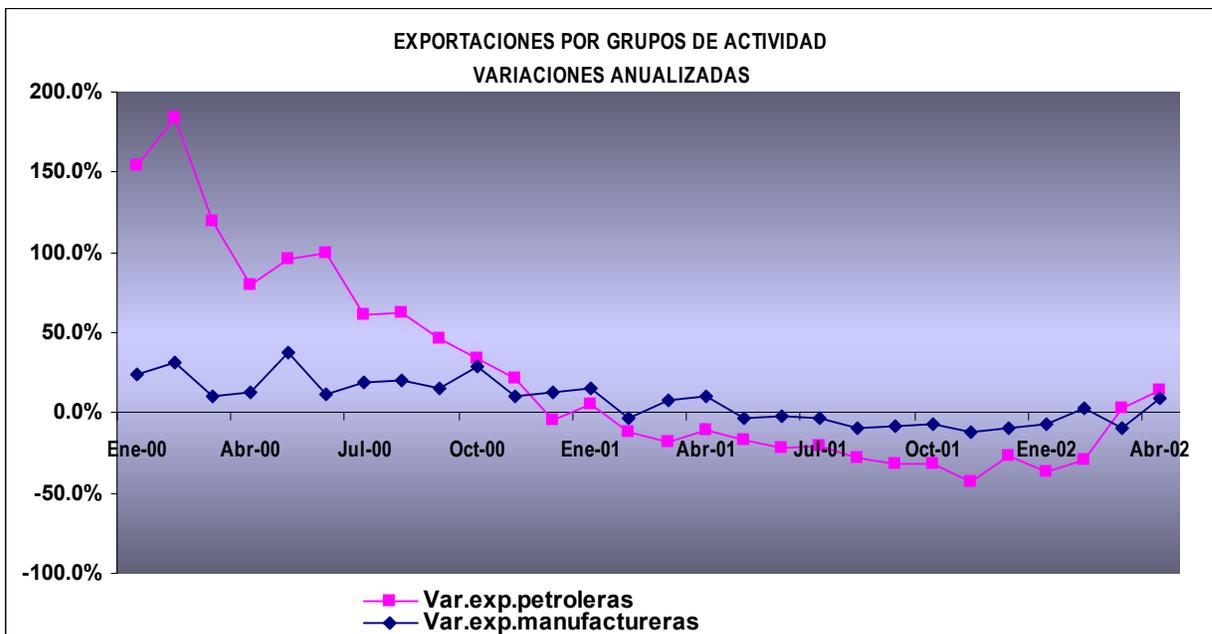
Gráfica 4.



Fuente : INEGI

La baja en las ventas externas afectó por igual a las exportaciones petroleras (debido a la fuerte caída del precio del crudo registrada el año pasado como consecuencia de la desaceleración de la actividad económica mundial ²), así como a las exportaciones de las maquiladoras y a las manufactureras (gráfica 5). Como puede observarse en dicha gráfica, las exportaciones comenzaron a perder dinamismo a finales de 2000, pero es a partir del primer trimestre de 2001 que comienzan a registrar tasas negativas. La contracción se agudizó durante el último trimestre del año pasado y continúa durante los primeros meses de 2002.

Gráfica 5.



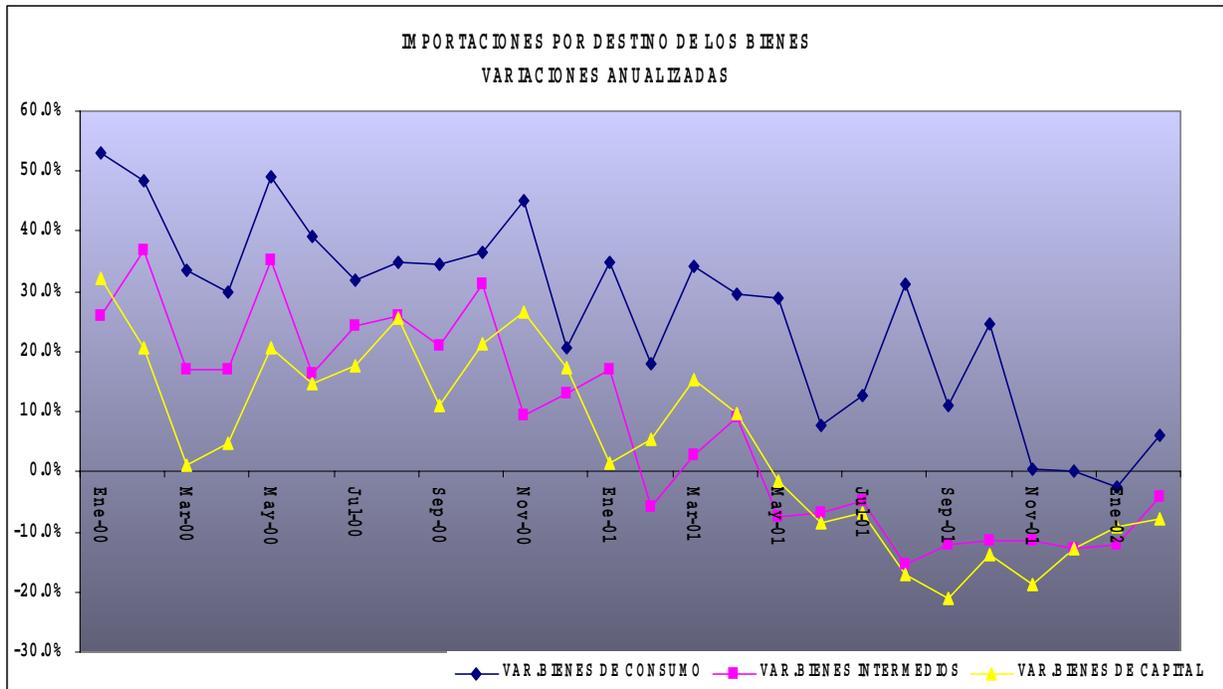
Fuente : INEGI

Las importaciones también han resentido los efectos de la recesión, pero han disminuido a un ritmo inferior al de las exportaciones, lo cual comprueba la alta dependencia del sistema productivo respecto de los insumos importados y la existencia de un amplio margen de sobrevaluación del peso. En 2001, las importaciones totales registraron una disminución del 3.5% respecto al año anterior. El comportamiento de las importaciones por destino de los bienes ha sido diferenciado. Mientras que las importaciones de bienes intermedios y de capital han disminuido, las de bienes de consumo siguen aumentando a

² El precio promedio de la mezcla mexicana disminuyó más de 13 dólares en quince meses, al pasar de 27.60 dólares en septiembre de 2000 a 14.15 en diciembre de 2001.

pesar de la recesión (grafica 6). Ello expresa la gran desigualdad en la distribución del ingreso que existe en nuestro país. En un marco de creciente apertura comercial y de sobrevaluación de la moneda, los grupos de altos ingresos siguen importando bienes de consumo de lujo.

Gráfica 6.



A diferencia de lo que sucedía en crisis anteriores, cuando la recesión corregía el desequilibrio de la balanza comercial, en esta ocasión ante la ausencia de depreciación cambiaria, el déficit comercial se ha incrementado. En efecto, este ascendió a 9,792 millones de dólares en 2001, contra 8,003 en 2000. Ello refleja también la gran dependencia de la acumulación de capital, bajo el modelo económico neoliberal, respecto de las importaciones.

El costo de la recesión en materia de desempleo ha sido muy alto. Conservadoramente se estima que la pérdida de empleos, tan solo en 2001, ha sido de alrededor de medio millón de plazas, aunque algunas instituciones, como la Universidad Obrera de México, calculan un total de 818 mil ³. El número de asegurados permanentes en el IMSS, que es una referencia indirecta del nivel de empleo en el sector formal, registró una disminución de 453,351 plazas entre noviembre de 2000 y diciembre de 2001. Según datos del INEGI tan sólo en las maquiladoras se perdieron 188,704 empleos, una reducción del 17.1% entre noviembre de 2000 y noviembre de 2001. Si al medio millón de empleos perdidos agregamos las 1,300,000 plazas que deben crearse anualmente para absorber al incremento natural de la fuerza de trabajo, significa que alrededor de dos millones de compatriotas vieron esfumarse la oportunidad de conseguir un empleo remunerado el año pasado.

3. Recesión y neoliberalismo

A la vieja usanza de los gobiernos priístas, las autoridades de la administración foxista no encuentran otra explicación de la presente recesión que no sea los efectos adversos de la recesión estadounidense y ninguna salida que no sea esperar con la paciencia de Job, a que el ciclo económico cambie de dirección en el Norte. Así, en el Informe 2001 del Banco de México (2002, p. 19) se explica la recesión de la siguiente manera:

“En 2001 – afirman – la evolución de la actividad económica en México estuvo determinada fundamentalmente por la situación cíclica de desaceleración económica que caracterizó a la economía mundial y en particular, por la que atravesó el principal socio comercial del país, los Estados Unidos. La desaceleración de la economía mundial se vio agudizada por las repercusiones económicas de los atentados terroristas del 11 de septiembre en los Estados Unidos. Dichos eventos acentuaron la pérdida de fortaleza de la actividad económica en México, sobretudo en aquellos sectores asociados a la exportación, el transporte aéreo y al turismo.” ⁴

³ **El Financiero**. México, 11 de febrero de 2002

⁴ Banco de México (2002). **Informe Anual 2001**. México, Banxico, p. 19

Nada menos, pero nada más. En realidad, la recesión que agobia a México y que está por cumplir su primer aniversario, no sólo es un reflejo pasivo de las dificultades de la economía estadounidense. Es también el precio de aferrarse a la política neoliberal aplicada en el país desde 1983.

Durante su campaña a la presidencia, Vicente Fox había ofrecido cambiar el modelo económico neoliberal y poner el crecimiento económico y la creación de empleos en el centro de sus objetivos de política económica. Planteó como meta alcanzar una tasa de crecimiento del PIB del 7% anual y crear 1,300,000 empleos anuales durante su gestión. No acababa de acomodarse en la Silla, cuando dichos objetivos fueron abandonados o en el mejor de los casos aplazados, ante la desaceleración de la economía estadounidense. En materia económica, en vez de cambio y de búsqueda de nuevas estrategias de desarrollo que los reveses de la globalización neoliberal señalaban como una necesidad urgente, ha habido una mera continuación de las políticas económicas restrictivas y de las “reformas estructurales” aconsejadas por **Wall Street** e impuestas e instrumentadas por los estados nacionales y el **FMI**. Ya como presidente, Fox se ha manifestado en diversas oportunidades por mantener el modelo económico y por continuar con la aplicación de políticas ortodoxas. A finales del año pasado, ya en plena recesión, afirmó que su gobierno mantendría la estabilidad monetaria, el control efectivo de la inflación, la reducción de las tasas de interés y la responsabilidad fiscal. Se declaró partidario de continuar con el cambio estructural, pues, según él, llegó la hora de “sacar adelante” las reformas hacendaria, energética, de telecomunicaciones, laboral y rural.

“Nuestra estrategia – afirmó - ha demostrado su viabilidad y eficacia y no responde a una moda, ni a una creencia ideológica ni a un capricho personal. El modelo se mantendrá porque es sencillamente una condición indispensable para el desarrollo”.⁵

Y apenas hace unos días en una entrevista concedida a un diario alemán, si bien se manifestó por “construir una globalización humanizada”, afirmó:

“Yo no creo que la globalización no tiene la culpa de lo que suceda a favor o en contra de determinado país (...) En particular como país, vemos la globalización como un reto, y a nosotros, a México, nos ha permitido avanzar y crecer hasta el nivel que hoy tenemos”⁶

Difícil encontrar mejor apología del neoliberalismo. El programa económico de Fox es neoliberal no sólo en sus propósitos, sino también en las acciones emprendidas durante su primer año de gobierno. Estas han mantenido inalterables los parámetros del **modelo de economía de mercado abierta** impulsado por sus antecesores. Entre otras cosas:

- Se conserva sin cambios la política de apertura comercial y sigue sin existir una política industrial que promueva la articulación de las cadenas productivas.⁷
- Se considera que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) no debe revisarse en su contenido actual. Se plantea sí un **TLCAN plus**, lo que implica abrir la discusión con Estados Unidos de los flujos migratorios, pero a cambio de efectuar concesiones en materia energética, en función de la estrategia trazada por las transnacionales del petróleo estadounidenses y el *clan Bush-Cheney*.
- La apertura irrestricta de la cuenta de capital sigue sin alteraciones. Los flujos privados de capital siguen siendo el principal mecanismo de financiamiento de los desequilibrios presupuestal y de la balanza de pagos. Salvo algunos cambios fiscales incipientes introducidos por el Congreso en el paquete fiscal, se rehuye cualquier intento de gravar o regular dichos flujos.
- Se mantiene una política de flexibilidad total a la inversión extranjera directa.
- Se mantienen las políticas privatizadoras y de apertura al capital privado en los sectores estratégicos en manos del Estado: generación y comercialización de energía eléctrica, producción y distribución de gas natural, petroquímica, seguridad social, pensiones, etc.
- Se promueve una reforma laboral que, bajo el criterio de elevar la competitividad y la necesidad de adaptarse a la globalización, tiene por objetivos principales flexibilizar la contratación de la fuerza de trabajo y reducir los derechos y prestaciones de los trabajadores
- Se siguen aplicando topes salariales y los incrementos de salario se establecen, como se ha hecho durante las últimas dos décadas, en función de la inflación

⁵ **La Jornada**. México, 21 de septiembre de 2001

⁶ **La Jornada**. México, 9 de febrero de 2002

⁷ La política de fomento de los “microchangarros” sobre la que tanto propaganda se hizo durante el proceso electoral, resultó ser el **parto de los montes**.

esperada y no de la inflación pasada, lo que impide la recuperación de los salarios reales.

- La política cambiaria es la misma del zedillismo, es decir una “flotación sucia” que provoca la apreciación permanente y peligrosa del peso.

Ante la desaceleración de la economía, se decidió aplicar una política económica procíclica en vez de una política anticíclica que contrarrestara los efectos recesionistas provenientes del centro hegemónico estadounidense. El Banco de México, no sólo mantuvo la política monetaria restrictiva aplicada a lo largo del sexenio anterior, sino que la profundizó a través de la política de “cortos”, lo que impidió la reactivación del crédito bancario y restringió el gasto. En el informe del Banco de México 2000 (2001, p.2) correspondiente al año 2000 se rechazaba la conveniencia de utilizar mecanismos fiscales para contrarrestar la menor actividad económica y se señalaba que:

“Los acontecimientos de los últimos meses plantean un escenario complejo para 2001 que requerirá, para consolidar un proceso de desarrollo económico sostenido, de una combinación de políticas económicas que apoyen congruentemente el objetivo de reducir en definitiva la inflación”.

Curiosa manera de “consolidar el desarrollo económico sostenido” privilegiando el uso de políticas restrictivas de corte ortodoxo. La ortodoxia no se limitó a la esfera monetaria, sino que se extendió al manejo de la política fiscal. La doctrina de austeridad y déficit presupuestal cero se ha mantenido incólume. Se aplica una especie de *consejo monetario* en el terreno fiscal, al limitar el gasto público a la captación efectiva de recursos fiscales. Para enfrentar la baja de estos provocada por la recesión, se han aplicado diversos recortes al gasto público, dejando de lado el presupuesto autorizado por el Congreso. Resulta difícil imaginar cómo crecer al 7%, crear 1,300,000 empleos y reducir la pobreza sin abandonar el mito del equilibrio fiscal y sin incrementar el gasto público, principalmente el gasto de inversión.

Todo ello en aras de erradicar la inflación y acercarla a la de nuestros socios comerciales del norte, como si la inflación fuera el problema económico principal en la actualidad y, no como parece ser el caso, las tendencias recesivas y a la deflación, no sólo en México sino en la economía mundial. Lo que no se dice es que ambos, restricción monetaria y política de “déficit cero” - análoga a la aplicada infructuosamente por Cavallo en Argentina - tienen como principal objetivo mantener tasas de interés reales altas para atraer el ingreso de flujos externos de capital especulativo, los que vienen a obtener altos rendimientos y a apropiarse de lo que queda de la riqueza nacional, no a ampliar la capacidad productiva de la economía. La entrada de esos capitales permite, de paso, sostener la estabilidad artificial del tipo de cambio.

4. La herencia de los neoliberales priístas

Las políticas seguidas por la administración de Zedillo y por sus antecesores priístas neoliberales tienen responsabilidad en los problemas que enfrenta actualmente la economía mexicana.

La recuperación zedillista de 1996-2000 fue posible en gran medida por las opciones abiertas a las exportaciones mexicanas por el auge de la economía estadounidense durante la segunda mitad de la década de los noventa, así como por el retorno al mercado internacional de capitales facilitado por el programa de rescate instrumentado por la Administración Clinton. Es decir, al precio de una mayor integración y vulnerabilidad del sistema productivo del país y de un enorme endeudamiento, la economía mexicana logró recuperarse, inclusive más rápido de lo que se esperaba.

Las experiencias de la crisis mexicana de 1994-1995 y de la crisis asiática de 1997-1998 que se extendió a Rusia y Brasil, nos muestran con gran nitidez el rol de los flujos privados externos de capital, tanto en la irrupción de las crisis financieras como en los procesos de recuperación que les siguieron. Como puede observarse en el cuadro 2, la crisis asiática fue precedida por un incremento sustancial de los flujos de cartera, proceso que es abruptamente interrumpido por la crisis. Después de ésta, los flujos de cartera a los países emergentes se mantuvieron en niveles bajos, pero aumentaron rápidamente

los flujos de inversión extranjera directa atraídos por los bajos precios de los activos, resultado de la crisis y de la deflación que le siguió. Así, el capital especulativo - que no está separado de los movimientos y estrategias de las empresas transnacionales - abona el terreno de las crisis, mientras que la IED hace las veces, después de éstas, de una especie de Cruz Roja, que viene a recoger, a precios de regalo, los heridos dejados en el campo de batalla. Una vez restablecida la normalidad en los mercados financieros, el capital de cartera retorna para iniciar un nuevo ciclo de acumulación.

Cuadro 2.

Financiamiento externo de las economías de mercados emergentes (miles de millones de dólares)							
	1996	1997	1998	1999	2000	2001e	2002e
Financiamiento externo neto	327.7	262.8	192.7	153.3	167.2	135.1	161.9
IED neta	93.3	116.1	134.2	163.5	147.3	147.1	130.6
Inversión de portafolio neta	35.7	25.7	13.4	15.8	14.8	-1.7	13.5
Créditos privados netos	119.7	32.0	7.3	-20.3	21.7	-32.0	13.6

Fuente: FMI, Instituto de Finanzas Internacionales

Un patrón similar se presentó en México, después de la crisis de 1994-1995. La recuperación del crecimiento se dio más pronto y de manera más intensa de lo que esperaban la mayoría de los especialistas. En 1996 y 1997 el PIB creció a tasas altas (5.1% y 6.8%, respectivamente), debido principalmente, como se dijo arriba, al dinamismo de las exportaciones manufactureras hacia Estados Unidos y la reactivación de los flujos externos de capital, sobretodo de IED, pero también de capital de cartera dirigido a la Bolsa mexicana de valores. En 1998-1999 se registró una desaceleración en el crecimiento (4.9% y 3.7% respectivamente), debido a los efectos de la crisis asiática. En el año 2000 el PIB volvió a crecer a una muy alta (6.6%).

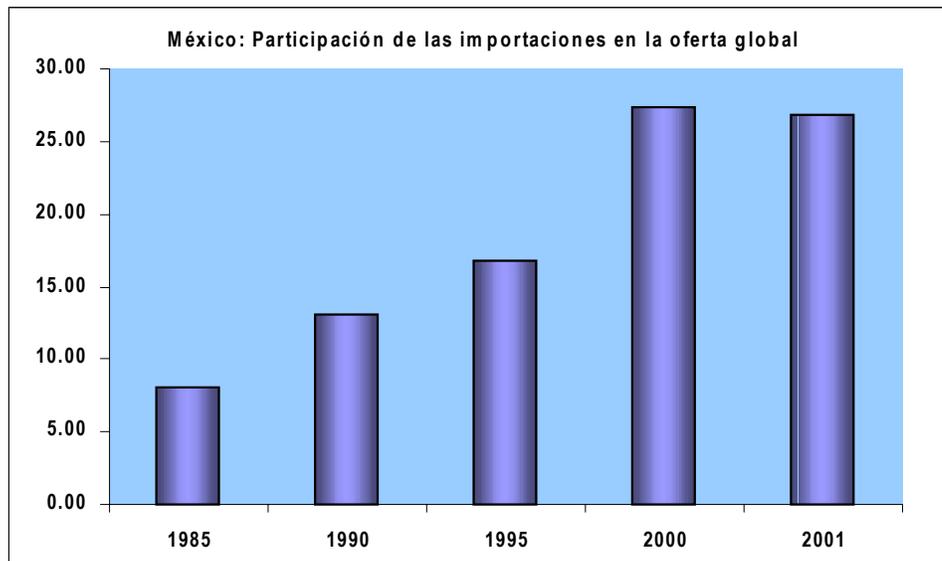
La recuperación zedillista se fincó sobre bases frágiles, inducida por la vorágine de la *nueva economía* estadounidense. Sin embargo, las dificultades no eran menores. La apertura de la economía iniciada en los ochenta había provocado una marcada reestructuración del sistema productivo. La integración hacia el norte significó la ruptura de cadenas productivas nacionales y su sustitución por cadenas regionales en aquellas actividades y/o empresas líderes, que juegan el papel de fuerzas motrices y polos de

desarrollo dentro del proceso de integración, y que se concentran en el norte del país, de manera destacada en la frontera con Estados Unidos.

El modelo neoliberal permitió la modernización del sector exportador de la economía, pero al precio de marginalizar al resto del sistema productivo, el cual sigue dependiendo de mercados nacionales o locales contraídos. La heterogeneidad estructural del sistema se acentuó, dejando a amplios sectores y grupos sociales al margen de los beneficios de la globalización. Como el nuevo modelo económico funciona sobre la base de salarios reales bajos y restringida participación directa del Estado en la economía, el mercado interno en vez de expandirse se estancó, afectando seriamente a la mayoría de las empresas y actividades que dependen de éste.

Las empresas exportadoras y el conjunto del sistema productivo son ahora más dependientes de las importaciones de bienes intermedios y de capital (gráfica 7). Se ha generado un acentuado proceso de “desustitución de importaciones” y de ruptura de las cadenas productivas. El contenido importado de la oferta se incrementó radicalmente a partir de la apertura de los ochenta. La participación de las importaciones en la oferta global aumentó más de diez puntos porcentuales en tan sólo dos décadas, al pasar del 14% en 1980 al 25% en 2000. Como consecuencia de la desustitución de importaciones, la tendencia estructural al desequilibrio externo se agravó a lo largo del sexenio anterior

Gráfica 7.



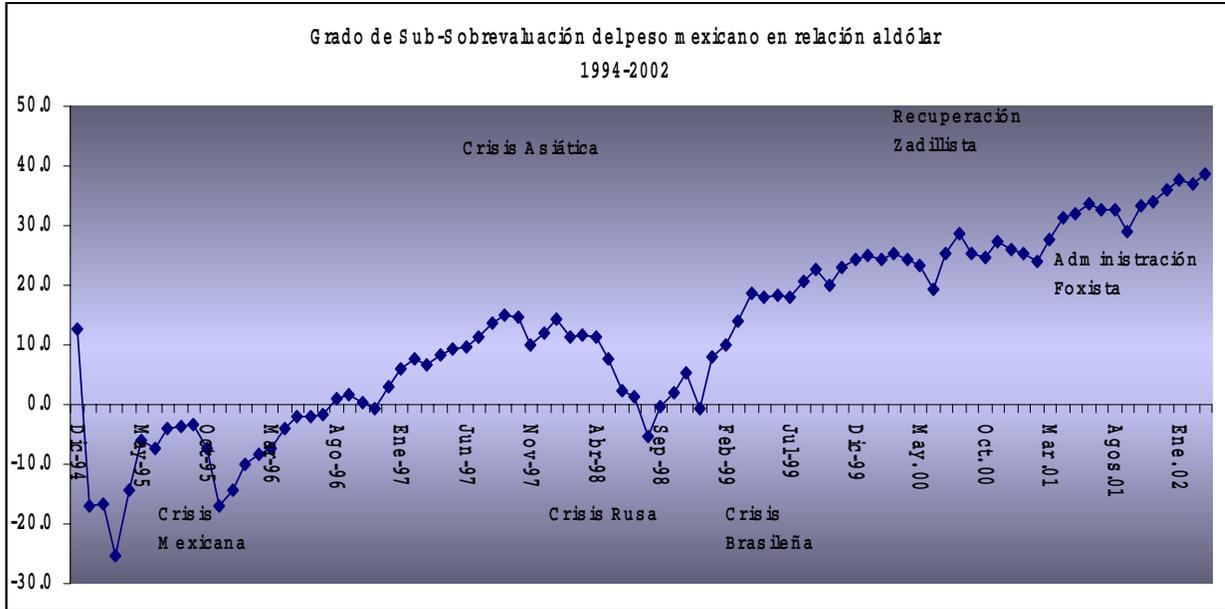
Fuente: INEGI

La fragilidad del sistema productivo en México va de la mano con su fragilidad financiera. Cuando la economía crece, el déficit de la balanza comercial aumenta en forma más rápida que en la época de la sustitución de importaciones. Durante el periodo 1998-2001, la balanza comercial registró un déficit acumulado de 31,293 millones de dólares (MD). Esa cifra aunque alta de por sí, es engañosa. Si se excluyen, como debería ser, los ingresos netos de las maquiladoras, el déficit en el periodo ascendió a 92,207 MD. Durante el mismo lapso el déficit en cuenta corriente acumulado fue de alrededor de 65,000 MD.

El financiamiento del déficit en cuenta corriente depende de la entrada de flujos de capital privados externos volátiles y del ingreso de inversiones extranjeras directas, las que, como ya se dijo, más ubicarse en el país para ampliar la capacidad productiva, vienen a apropiarse de activos ya existentes a precios de regalo, vía privatizaciones, así como fusiones y adquisiciones. Para mantener la atracción de capitales externos, se aplican políticas monetarias y fiscales restrictivas, las cuales tienen efectos recesivos en la economía e incrementan la fragilidad del sistema bancario y financiero. Durante el lapso 1998-2001, la cuenta de capital registró un superávit acumulado de 86,000 MD aproximadamente

La entrada de capitales externos sobrevalúa la moneda y estimula el endeudamiento externo. La lógica financiera del nuevo modelo de acumulación es, por ello, fuente de inestabilidad y de crisis financieras recurrentes. Desde 1997 el peso ha acumulado una sobrevaluación respecto al dólar, la que al terminar la anterior administración rondaba el 30%. Dicha sobrevaluación permitió reducir el índice inflacionario pero al precio de reprimir el crecimiento económico y la creación de empleos y de preparar las condiciones de una nueva crisis. Durante el primer año de la administración foxista el peso se apreció un 8% adicional, al situarse en 38% en marzo de 2002 (gráfica 8).

Gráfica 8.



La crisis bancaria mexicana, por ejemplo, nunca fue resuelta. Los bancos aunque capitalizados mediante su extranjerización casi total, subsisten como viudas rentistas, de los intereses que generan los bonos del IPAB ligados al rescate bancario multimillonario, de los ingresos obtenidos de especular en las mesas de dinero, de la existencia de márgenes de intermediación excesivamente onerosos y del cobro de comisiones por los servicios proporcionados. El crédito bancario, función principal de cualquier banca digna de ese nombre, se ha mantenido prácticamente estancado desde 1995, salvo en lo que se refiere a la ligera reactivación registrada en el segmento vinculado con el consumo (tarjetas de crédito, créditos para compra de automóviles). Los agentes económicos, sobretudo las pequeñas y medianas empresas permanecen sobreendeudados y dependiendo del autofinanciamiento y del crédito de proveedores. Los grandes grupos siguen recurriendo al financiamiento externo. Al terminar el sexenio, el endeudamiento externo e interno total (incluyendo Pidiregas, rescates empresariales y bancarios, así como deuda de grupos privados y bancos) alcanzaba niveles sin precedentes.

El crecimiento alcanzado durante la administración de Zedillo no se tradujo en una creación de empleos suficiente para absorber el incremento de la población en edad de

trabajar, mucho menos para reducir el desempleo y la marginalidad. Tampoco representó una mejoría de los salarios reales, los cuales se siguieron contrayendo, ni hubo una reducción de los niveles de pobreza y pobreza extrema.

En síntesis, la recuperación registrada durante el sexenio pasado no creó las condiciones para un crecimiento duradero. Sus bases eran frágiles. Junto a una estabilidad macroeconómica en gran medida artificial, fundada en un peso sobrevaluado por el ingreso de capital externo, se desplegó de nuevo un desequilibrio externo importante (cerca del 4% del PIB), un déficit fiscal (incluyendo pasivos contingentes) también del 4% del PIB y un nivel de endeudamiento interno y externo (principalmente privado) que resta posibilidades a cualquier política auténtica de desarrollo económico y de solución de los problemas sociales. El sobreendeudamiento es quizá, de nuevo, el problema principal de la economía mexicana.

5. El sobreendeudamiento, obstáculo principal de la recuperación durable de la economía mexicana

En 1989 el entonces presidente de la República, Carlos Salinas de Gortari dio por resuelta la crisis de la deuda externa que había agobiado a México y América Latina durante los años ochenta, la llamada *década perdida para el desarrollo*. Según él, la renegociación pactada con los bancos acreedores ese año en el marco del Plan Brady – el cual reconoció descuentos modestos en el principal de la deuda y en los intereses –, significaba la solución definitiva del problema de la deuda externa. Emocionados él y su gabinete, en un acto transmitido en cadena nacional, hasta entonaron las estrofas del Himno Nacional para festejar tal acontecimiento.

La renegociación en realidad sólo había permitido una reducción poco significativa en el servicio de la deuda externa, que aliviara mínimamente la situación deficitaria de la balanza de pagos. Pero tal acuerdo combinado con el éxito temporal del programa de estabilización (Pacto), la profundización de las reformas neoliberales, destacando la desregulación y liberalización financieras, así como la ulterior apertura de la cuenta de capitales, permitió el reingreso de México al mercado internacional de capitales. Su aberrante condición de “exportador neto de capitales” durante el sexenio de Miguel de la

Madrid, pudo ser superada, mediante un nuevo ciclo de endeudamiento ahora sustentado en flujos privados de capital.

El capital de cartera especulativo fluyó en grandes torrentes al mercado bursátil (tanto en México en la Bolsa Mexicana de Valores, como en la bolsa neoyorquina mediante los ADR's) y posteriormente en el mercado de dinero mediante la compra masiva de títulos de deuda pública (CETES, BONDES y los mal llamados TESOBONOS indexados al dólar) por parte de inversionistas institucionales foráneos. Con la privatización bancaria y la liberalización financiera, los hogares y las empresas se sobreendeudaron con la banca comercial. Los grupos, las empresas más poderosas así como los bancos se endeudaron con el exterior mediante la emisión de bonos, obligaciones y otros papeles.

La crisis de 1994 –1995, primera crisis sistémica de la globalización neoliberal, puso al desnudo el sobreendeudamiento gestado durante el salinismo, el cual se vino a agregar a los saldos impagados de la vieja deuda externa. Fue necesario instrumentar un paquete de rescate con la administración estadounidense de Bill Clinton por 45,000 millones de dólares para salvar a los inversionistas institucionales atrapados por la crisis y para estabilizar los mercados financieros.

La administración Zedillo se encargó de atender los heridos y moribundos dejados por la crisis. Con el propósito explícito y declarativo de salvar al sistema financiero y a los ahorradores, pero con el objetivo **implícito** y **real** de salvar a banqueros y empresarios sin castigar a los defraudadores, implementó un costoso programa de rescate (FOBAPROA ahora IPAB). Un programa similar (FIDELIQ) se instrumentó para rescatar la cartera vencida de los bancos de desarrollo. El saldo de la deuda del IPAB era al cierre de 2001 de 788,384 millones de pesos (MP), lo que representa el 13.75 del PIB de ese año. El saldo de la cartera rescatada por FIDELIQ asciende, por su parte, a 70,000 MP (1.2% del PIB).

Para subsanar otras privatizaciones fallidas y dejar constancia de que el Estado mexicano sabe socializar las pérdidas cuando se trata de miembros de la oligarquía, implementó, asimismo, programas de rescate de los ingenios azucareros (ahora parcialmente vueltos a estatificar por el gobierno de Fox) y de las carreteras concesionadas. Así a la enorme deuda externa hay que sumarle la abultadísima deuda interna gestada con los rescates.

El problema del sobreendeudamiento no se detiene allí. Como el servicio de la deuda impone serias limitaciones al presupuesto federal y como el sistema fiscal es altamente dependiente de los ingresos de las empresas públicas estratégicas (sobre todo de PEMEX), a partir de 1997 se han puesto en práctica nuevos esquemas de financiamiento como los PIDIREGAS, que en realidad constituyen contratación encubierta de deuda externa. A través de los PIDIREGAS, el sector público convoca a obras y adquisiciones al sector privado para que este las realice mediante financiamientos que son asumidos por el gobierno federal. La deuda de los PIDIREGAS se supone que es autofinanciable, ya que los saldos serán cubiertos con los ingresos futuros de las plantas construidas bajo esa modalidad (**¡Remember** los buenos deseos sobre los ingresos esperados de las carreteras concesionadas por el salinismo!). De los saldos pendientes de pago en este rubro, el 83% corresponden a PEMEX y el 17% a la Comisión Federal de Electricidad (CFE). Entre los proyectos financiados con este esquema destacan Canterel y la Cuenca de Burgos en el caso de la petrolera, así como las plantas de Samalayuca, Monterrey II, Rosarito III, Chihuahua y Altamira en el caso de la C.F.E.

Otro gran agujero que hay que financiar con deuda interna son los faltantes de los sistemas de jubilaciones y pensiones del IMSS y del ISSSTE. Aunque en estos faltantes entran en juego factores de orden demográfico como el cambio en la estructura por edades y el incremento de la esperanza de vida de la población mexicana, juegan un rol de primer orden factores vinculados con los efectos del modelo neoliberal como son la falta de dinamismo en la creación de empleos en el sector formal de la economía y el deterioro persistente de los salarios reales. No menos importante es el uso indebido de los fondos de reserva de dichos institutos para fines distintos a lo establecidos por la ley, incluida su desvío hacia campañas electorales por parte de los gobiernos priístas. El pasivo laboral en materia de pensiones del IMSS es de 300,728 millones de pesos (MP), de los cuales 20,010 millones (es decir sólo el 0.7% del total) se encuentran reservados. Este faltante representa el 4.9% del PIB de 2001. Aunque en el caso del ISSSTE no se conoce una estimación de su pasivo laboral, baste señalar que en 2001 el presupuesto de pensiones de ese instituto fue de 23,627 MP, de los cuales el 60% es financiado con transferencias fiscales del gobierno federal. Como resulta fácil deducir, el financiamiento federal de los fondos de pensiones repercute directamente en el deterioro de los servicios de salud de esas instituciones, otrora ejemplos de los *logros de la revolución mexicana*.

Otro dolor de cabeza lo constituye la deuda de estados y municipios. Este endeudamiento creciente es una expresión de la baja capacidad de captación fiscal de esas instancias de gobierno y de su histórica dependencia del gobierno central, sustentada en la ausencia de un auténtico federalismo. La deuda en este rubro era de 98,274 MP en 2001 (1.7% del PIB), de los cuales el 32% (32,000 MP) correspondía al Distrito Federal.

Ante esta situación de sobreendeudamiento, la nueva administración foxista ni siquiera denunció los hechos cuando arribó al gobierno. En virtud de la alianza tejida por Fox con Zedillo para que éste le reconociera su triunfo en las urnas a cambio de no tocarlo, aquel se apresuró a señalar que su antecesor le dejaba una macroeconomía sana. En vez de tomar el toro por los cuernos y de reconocer el fardo que representa el sobreendeudamiento para cualquier posibilidad de crecimiento durable - promesa que ofreció durante su campaña -, y en lugar de buscar soluciones audaces e imaginativas para renegociar a fondo las deudas externa y los programas de rescate, se conforma en la actualidad con minimizar el problema diciendo que ya no es importante y con esperar pacientemente a que se reanude la expansión de la economía estadounidense, la cual se cree resolverá todos nuestros problemas. Mientras tanto, continúa endeudándose y aplicando las mismas políticas neoliberales de sus tres últimos antecesores priistas.

El nivel de endeudamiento de la economía mexicana es muy grande. En el cuadro , se hace un intento de cuantificación sobre los distintos rubros que integran la deuda externa e interna. El ejercicio se refiere a los saldos de los distintos rubros al cierre de 2001. La deuda externa asciende en la actualidad a 173,517 MD. Se trata de un saldo inferior a los 300 mil MD adeudados por Brasil, pero muy superior a los 130,00 MD de la Argentina en bancarrota. A diferencia de los años ochenta cuando la deuda pública era preponderante, ahora la deuda externa privada (75,100 MD) absorbe el 43 % del total. La mayoría de los grandes grupos privados se encuentran altamente *apalancados*. La sobrevaluación del peso ha sido uno de los principales factores que ha impedido que caigan en situación de insolvencia.

Cuadro 3.

México: Deuda total como porcentaje del PIB 2001 (Millones de dólares)

	2001	% del PIB
1. Deuda externa total	173,517.0	28.1
1.1 Deuda pública externa	98,417.0	15.9
Gobierno federal	44,100.0	7.1
Organismos y empresas públicas	11,900.0	1.9
Banca de desarrollo	24,300.0	3.9
PIDIREGAS	18,117.0	2.9
1.2. Deuda externa privada	75,100.0	12.2
Banca comercial	9,300.0	1.5
Empresas	65,800.0	10.7
2. Deuda interna total	229,019.4	37.1
2.1 Deuda interna consolidada	81,725.2	13.2
2.2. Estados y municipios	10,518.4	1.7
Distrito federal	3,425.0	0.6
Resto de la República	7,093.4	1.1
2.3. IPAB/*	84,373.8	13.7
2.4 Programa apoyo a deudores	1,915.9	0.3
2.5. Rescate carretero(FARAC)	13,047.2	2.1
2.6 FIDELIQ/**	7,402.7	1.2
2.7 Fondos de pensiones	30,036.2	4.9
IMSS	30,036.2	4.9
ISSSTE	nd.	nd.
Deuda total	402,536.4	65.2

Fuente: Elaboración propia con datos de Banxico, SHCP, IPAB y notas periodísticas.

/*estimado

** a diciembre de 2000

Quizá el hecho más significativo de los últimos años es el ascenso vertiginoso de la deuda interna en sus múltiples formas, que se detallan en el cuadro mencionado. La Deuda interna total representa el 37.1%. Tan sólo baste señalar que la deuda del rescate bancario o la deuda interna consolidada son, cada una tomada aisladamente, del mismo tamaño que la deuda pública externa.

Al cierre del año pasado el endeudamiento total de México (externo e interno) sumaba, según nuestros cálculos, la friolera de 493,354 millones de dólares. Esta suma representa nada menos que el 65.2% del PIB, y no el 22.9%, cifra que fue presentada optimistamente en el primer informe presidencial de Vicente Fox. Cabe aclarar que nuestro cálculo no incluye la deuda del sistema de pensiones del ISSSTE, ni la cartera vigente de los usuarios de crédito de la banca comercial y que es probable que algunos rubros ligados a los rescates o al o al IMSS, estén subestimados.

El nivel de endeudamiento de la economía mexicana es sensiblemente más alto que el que existía al estallar la crisis de la deuda de 1982. En ese entonces la deuda externa representaba el 51% del PIB y la deuda interna era un juego frente a su tamaño y complejidad actual. Es cierto que el país no ha entrado en una situación de incumplimiento de pagos. El servicio de la deuda se paga religiosamente. El problema es que su pago impide el desarrollo económico del país: Como afirma G de Bernis (2000, p.207), en tanto no se abandone la deuda:

“es inútil y sin objeto continuar hablando de desarrollo... Pero si el abandono de la deuda es una necesidad imperiosa, prioritaria, es para asegurar las condiciones del desarrollo. Desde el punto de vista del desarrollo, el abandono de la deuda no es más que una precondición”.

6. Perspectivas y conclusiones

El discurso oficial sobre el curso de la recesión y sobre su salida, es color de rosa. En su opinión, la economía mexicana enfrenta un problema de origen externo, inevitable en los tiempos actuales de globalización. Consideran además, que la respuesta de la economía mexicana ha sido ejemplar, pues por primera vez en la historia la baja en la actividad

económica se ha presentado en un marco de estabilidad financiera y política y sin devaluación de la moneda, a diferencia de otros países, que, como Argentina, enfrentan una situación caótica. En su mensaje de Año Nuevo de 2002, el Presidente Fox afirmaba:

“Tenemos, pues, una economía que descansa sobre bases sólidas. Una economía que, además de garantizar que no enfrentamos crisis como las que por desgracia están ocurriendo en otros países hermanos, nos permitirá reiniciar el crecimiento en cuanto se superen las actuales turbulencias y dificultades internacionales”⁸

No sólo eso, sino que quizás respondiendo a las críticas sobre el incumplimiento de sus promesas de campaña, aseguró que:

“Enfocaremos nuestros esfuerzos en lograr una recuperación sostenida del ingreso y del nivel de vida de la población; crear más fuentes de empleo; dar acceso a una vivienda digna; salud y bienestar a todos los mexicanos y mexicanas, especialmente a los más desprotegidos, a los que han permanecido al margen del desarrollo”⁹

Para apoyar su visión optimista sobre el futuro de la economía, los responsables de la política económica mencionan, entre otros indicadores la baja inflación, el descenso de las tasas de interés, la fortaleza del peso, y la existencia de altas reservas monetarias internacionales.

La recuperación, según nuestras autoridades, ya comenzó o el peor de los casos está a la vuelta de la esquina. Se considera que la recesión estadounidense ya terminó y que la economía de nuestros vecinos y socios volverá crecer, lo que redundará en una reactivación automática de nuestras exportaciones y de nuestra economía.

Las cosas no parecen, por desgracia, tan sencillas. La recuperación estadounidense, de consolidarse, lo cual no es seguro pues cabe la posibilidad de una recesión de *dobles zambullida*, no será un proceso suave ni sencillo. La actual recesión no es una pausa cíclica típica, sino está inscrita en una larga expansión plagada de endeudamiento y

⁸ **La Jornada**, México, 8 de enero de 2000.

⁹ **Ibid.**

excesos financieros y basada en un **régimen de acumulación con dominación financiera** altamente inestable.

Los peligros de una crisis de deuda-deflación en Estados Unidos siguen presentes. La deuda de los consumidores y de las corporaciones se encuentra en niveles altos. La deuda corporativa representa el 65% del PIB, mientras que la deuda total de los consumidores alcanza el 75%. Con la desaceleración productiva y el desplome del **NASDAQ** la compleja superestructura financiera que comanda el proceso de acumulación del capital, se fragilizó. Con la recesión en plena marcha, las posibilidades de una crisis financiera se incrementan. Los eslabones débiles de la pirámide de endeudamiento son:

- Los consumidores
- Las corporaciones, principalmente las compañías tecnológicas
- Los intermediarios financieros no bancarios, en particular los llamados bancos de inversión

Los consumidores estadounidenses se endeudaron porque creyeron que la Bolsa continuaría su curso ascendente y que sus salarios reales aumentarían. Pero conforme, la Bolsa comenzó a debilitarse, los consumidores vieron reducidos sus ingresos y continuaron endeudándose para mantener sus pagos al corriente.

Las corporaciones de la **nueva economía** y muchas de la vieja economía enfrentan serios problemas financieros. Las operaciones de capital de riesgo (**venture capital**) al igual que las ofertas públicas iniciales de acciones (**equity initial public offerings**) que fueron muy importantes fuentes de financiamientos de las empresas tecnológicas durante el auge, se han reducido prácticamente a cero. En consecuencia, éstas enfrentan graves obstáculos para refinar sus abultadas deudas en bonos y papel comercial. El nivel de incumplimiento (**default**) en el mercado de bonos corporativos ha estado aumentando rápidamente. Los bancos restringen y aumentan la selectividad de sus créditos, lo que no sólo afecta a las corporaciones sino también a los intermediarios financieros no bancarios que incrementaron sustancialmente su endeudamiento con los bancos, amparados en el alza irrefrenable de la Bolsa. Pero ahora que la ruleta se ha detenido, ese mecanismo se ve cuestionado.

La baja en las tasas de interés a corto plazo ha facilitado el refinanciamiento de las deudas, pero no resuelve los problemas del excesivo apalancamiento de consumidores, corporaciones y sociedades financieras. El margen (**spread**) entre las tasas de interés a corto plazo y las tasas a largo plazo, se ha ampliado en forma importante, lo que significa que las condiciones financieras generales son muy restrictivas, a pesar del relajamiento de la política monetaria por la **FED**.

La Bolsa de Nueva York, por otra parte, se encuentra sobrevaluada, a pesar del fuerte ajuste registrado en 2001. En octubre de ese año la relación precio-ganancia se ubicaba en 35.99 veces, por arriba del nivel récord de 35.82 de agosto de 1999. No resulta sorprendente por lo tanto, que la bolsa neoyorquina no repunte a pesar de los signos de recuperación en la producción. En el primer semestre de 2002, el índice Dow Jones retrocedió 5.8%, mientras que el NASDAQ se desplomó 24%. Este se ubica en su nivel más bajo en cinco años por debajo del nivel alcanzado durante el ataque a las Torres Gemelas (gráfica 1).

El desánimo bursátil está vinculado al clima de incertidumbre sobre el futuro de la economía y a los escándalos financieros de las transnacionales. Las denuncias de prácticas fraudulentas en la contabilidad de las corporaciones no sólo refleja que todas las grandes expansiones – y el **boom** de la *nueva economía* no fue la excepción – están acompañadas por prácticas de especulativas y fraudulentas. Los fraudes contables manifiestan ante todo los límites y la inviabilidad de un régimen de acumulación y de gestión empresarial fundado en el precio de las acciones en la Bolsa. La desregulación financiera, el mito sobre la autorregulación de los mercados incitó a los directivos de las corporaciones a estirar al máximo las ganancias y a sobreendeudarse sin tomar en cuenta las condiciones reales de las empresas y de la economía. Fue una invitación al fraude contable y a la complacencia de auditores comprometidos orgánicamente con los intereses que supuestamente vigilaban. Los fraudes en **Enron, World Com. Global Crossing, Vivendi Universal** y tantas más que aparecen como hongos todos los días, revelan una verdadera amalgama de intereses y de complicidades entre corporaciones, reguladores y gobierno. Esta sucesión de gigantes quebrados y sobreendeudados comprueban que *el capitalismo de los amigos (crony capitalism)* no es un rasgo asiático como decían los ideólogos estadounidenses durante la crisis en esa región

de 1997-1998, sino un elemento inherente al sistema en esta su era de globalización neoliberal.

La debilidad bursátil, los escándalos financieros y el abultado déficit en cuenta corriente de Estados Unidos que en 2001 sobrepasó los 400 mil millones dólares (5% del PIB), han provocado la caída del sobrevaluado dólar y la reorientación de los enormes flujos de capital que necesita esa economía para financiar sus déficit hacia otras zonas del mundo. La devaluación y el necesario y brutal ajuste que esta impondrá en la economía hegemónica y en la economía mundial serán en los próximos meses el factor principal que impedirá una recuperación duradera de la economía mundial y ocasionará una profundización de su recesión interna. Entonces, más que una recuperación sin problemas en el corto plazo, es deseable esperar un periodo prolongado de recesión y/o de crecimiento mediocre, en un contexto financiero plagado de riesgos sistémicos. Como afirma Stephen Roach (2001):

“Me reafirmo en la idea de que éste no es solamente otro ciclo económico. Sigo convencido que la economía estadounidense está sólo en las etapas tempranas de lo que podría resultar ser una prolongada sacudida de la burbuja financiera. La recesión estadounidense actual es, primero y ante todo, una purga de los excesos desde el lado de la oferta de la ecuación macroeconómica – el exceso de capital y de fuerza de trabajo utilizados cuando la burbuja fue inflada a finales de los noventa (...) De lo que se sigue que una economía estadounidense dependiente de la economía global tendrá que enfrentar las repercusiones de los ajustes de la burbuja financiera en los años por venir. En eso reside el mayor riesgo. En la era posterior a la burbuja, la emergencia de riesgos sistémicos será la fuerza más poderosa determinando la economía global. Una recuperación sostenida no será fácil dentro de ese clima. Los riesgos sistémicos se alimentan unos a los otros perpetuando el proceso de tocar fondo, convirtiendo en vulnerable a la economía e inhibiendo una subsecuente recuperación “

Si la recesión norteamericana se prolonga o se complica, la recuperación de la economía mexicana no será tan rápida ni tan sólida como ingenuamente la contempla el gobierno foxista. Aunque en el contexto de la crisis global, México ha representado el papel del “menos malo” de la película, y por eso mismo se ha beneficiado del ingreso de capitales y

ha evitado que la recesión se convierta en una crisis financiera, ha acumulado un conjunto de desequilibrios que detonarían tal crisis si el escenario empeora.

La sobrevaluación del peso alimentada por el ingreso de capitales es muy alta, del orden del 33% según nuestros cálculos, a pesar de la depreciación registrada durante los últimos meses. Dicho nivel es insostenible y tarde o temprano deberá corregirse, so pena de que se presente una devaluación abrupta. A lo largo de nuestra historia reciente, las sobrevaluaciones del peso han sido antecedentes de crisis de pagos. El desequilibrio externo es alto (alrededor del 4% del PIB), y el déficit financiero del sector público (incluyendo Pidiregas, rescates, fondos de pensiones y otros pasivos contingentes) alcanza un nivel semejante. No hay ninguna garantía de que eso mismo no sucediera de nuevo.

Una fantasma recorre México y se llama sobreendeudamiento. El alto nivel de la deuda pública y privada – externa e interna – es el obstáculo principal de la economía mexicana.

Por ello, aunque las circunstancias sean diferentes a las de Argentina no podemos dejar de vernos en su espejo. La causa de nuestros problemas no son sólo los errores cometidos por los gobernantes anteriores o la corrupción reinante en las dos realidades. Finalmente es el modelo de la globalización neoliberal el que no funciona, y que el gobierno de Fox se empeña en mantener sin cambios. Es falsa la idea que plantea el PRONAFIDE (2002) que el crecimiento de la economía estaría garantizado si se aprueban las “reformas estructurales” energética y laboral. Aparte de que su aprobación daría a las transnacionales el control sobre sectores estratégicos de la economía, las privatizaciones de las últimas dos décadas no acicatearon el crecimiento y la inversión y sí en cambio, nos orillaron a instrumentar millonarios rescates que pagamos todos sacrificando niveles de bienestar.

Urge cambiar de rumbo, construir una estrategia interna de desarrollo que sin ser antimundo, sea antes que nada nacional, que deje de privilegiar los intereses del capital financiero internacional y de las transnacionales y que se vuelque a resolver las necesidades de las grandes mayorías, postergadas durante tres décadas de ajuste y dizque de cambio estructural. Urge igualmente que la política exterior de México, en vez de preocuparse por estar presente en los conflictos preparados por el terrorismo

internacional y la estrategia guerrera de la administración Bush, juegue un papel activo en la reforma profunda del sistema monetario y financiero internacional, la cual debe tomar en cuenta los intereses de los países de la periferia. Ello reclama un nuevo orden que incluya entre algunos de sus elementos centrales, la cancelación de la deuda externa y la regulación de los flujos privados de capital.

Avanzar en dichos cambios no será algo fácil, ni algo que impulsen el capital financiero ni las burocracias dóciles y corruptas de nuestros países, sino una lucha larga de resistencia que emprendan no sólo los partidos y organizaciones políticas identificadas con el cambio, sino, principalmente las víctimas de la globalización neoliberal que comienzan a organizarse por su propia cuenta.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Artus, Patrick (2001). **La nouvelle économie**. París, La Decouverte. p. 6.

Banco de México (2002). **Informe Anual 2001**. México, Banxico.

Banco de México (2001). **Informe anual 2000**. México, Banxico.

Chesnais, Francois coord. (2000). **Les pièges de la finance mondiale**. París, Syros, 2000. 238 p.

De Bernis, Gérard (2000). **De l'urgence de abandonner la dette des périphéries. Economies et Sociétés. Vol. XXXIV. Num. 9**. Paris, ISMEA.

Guillén, Arturo (2000). **México hacia el siglo XXI: crisis y modelo económico alternativo**. México, Plaza y Valdés ed – UAMI. 2ª. Edición.

Roach, Stephen S. (1998). **The boom for whom: Revisiting America's Technology Paradox**. N.Y, Morgan Stanley Dean Witter. 19 p.

(2001) **Global: No Breathing Room**. Global Economic Forum. Nueva York, Morgan Stanley, 12 de septiembre de 2001

SHCP (2002). **Programa Nacional de Financiamiento del Desarrollo 2002-2006**. México.

Summers L y B. de Long (2002) **Nasdaq crash offer classic hi-tech lessons. The Nation**. Bangkok, 30 de mayo.